



...arte mestizo...

JESUS Reyes Ferreira —Chucho Reyes: qué estupendo nombre de corrido— lleva la provincia en el alma. Su infancia jalisciense lo llenó de México de tal manera que llegó un día en que necesitó desbordarse de algún modo y lo hizo a través de la pintura. Es por eso que su arte es tan mexicano en su esencia, en su forma. Sin embargo, no es el suyo un mexicanismo intelectual y obligado, sino espontáneo y natural. Si no fuera por sus actividades y sus experiencias citadinas podría tal vez hablarse de él como de un artista popular, porque, además, Chuchó Reyes nunca ha pensado que se pueda comerciar con su arte. Pinta porque goza infinitamente llenando de formas y colores ese papel, fino y ruidoso, que no debiera llamarse *de china*, sino de México, por ser tan del gusto de nuestro pueblo, ese papel que, picado y recortado en mil maneras, parece haber servido desde siempre para llenar los ambientes alegres o luctuosos de las celebraciones populares y que, impunemente, hace acto de presencia en las pulquerías o en los altares con la sonrisa de sus agujeros.

Los *papeles* de Jesús Reyes tienen, en la temática que sirve de pretexto al lenguaje del color, en la soltura de su ejecución, en su libertad de trazo, la resonancia postrera de las viejas tradiciones que la nueva generación está olvidando y que arrancan de un pasado no sólo colonial y cristiano, sino prehispánico e idolátrico, bajo formas sintéticas que ya no podemos designar "primitivas", puesto que han sido y siguen siendo la máxima aspiración de los artistas contemporáneos.

Como el popular, el arte de Jesús Reyes es un arte mestizo, tan amplio en su poesía que no puede aceptar clasificación ninguna; su diferenciada expresividad escapa a la persecución de los buscadores de *ismos* en la pintura. Sin ser arte social, es arte para todos porque es claro y sencillo. Chuchó Reyes platica en su pintura de cosas que todo el mundo conoce y ama, en un lenguaje plástico que todo el mundo entiende, por ser el que sirve

los papeles de JESUS REYES

Por Raúl FLORES GUERRERO
GUERRERO



...amplio en su poesía...

de comunicación universal entre el hombre y la naturaleza: el color.

"El pueblo mexicano tiene dos obsesiones —poetizó Pellicer— el gusto por la muerte y el amor a las flores". Y Jesús Reyes, nutrido en las hondas corrientes populares de México, gusta de la muerte y ama las flores. Ahí están esas calaveras, júbilosas y felices, contorsionando sus huesos en danzas que nada tienen de ultratumba y adornadas por los graciosos moños que el pintor les ha puesto en la garganta o aquellas otras que, exhaustas, parecen haberse recostado definitivamente, en un campo de color, como si de veras se hubieran quedado muertas. En cuanto al amor por las flores, Chuchó Reyes lo hace patente en todas partes. El, que gusta de arreglar los altares y los arcos triunfales en las bodas de sus amigos, dolido de la muerte cotidiana de las flores las lleva al papel, prolongando con el pincel su belleza; y es así que aparecen, con toda la intensidad de su vida vegetal, circundando a sus niñas, ingenuas y rosadas (versión última y personalísima de esas niñas provincianas, de ojos tiernos y vestidos cuajados de olanes, que Estrada nos enseñó a querer en sus retratos del siglo pasado) y no sólo circun-



...diferenciada expresividad...

dadas, sino cubriendo su cabeza y sus manos a modo de alegres manchas de color, o bien constituyendo ramos estupendos en los que el remolino de los pétalos se destaca sobre un agitado fondo verde.

Viniendo del mundo colorido de las flores, Reyes no puede evitar la tentación de caer en el mundo frutal, fresco y jugoso, de las sandías y de las granadas, de los plátanos y de las uvas, en donde los verdes y los blancos, los rojos y los negros, empleados con una libertad plena de armonía, se reúnen en un alegre cóncave de naturalezas vivas.

Un pintor como Chuchó Reyes ¿qué animales pinta? El gallo, claro está, llenando con sus plumas agitadas el máximo espacio posible; en ocasiones será un gallo angustiado, casi agónico, aleteando desesperado en el azul del cielo para sostener su cuerpo conformado por manchas amarillas y negras, enérgicas y audaces manchas llenas de movimiento y vitalidad; o bien un precioso gallo giro, con su vistoso plumaje rojo, verde y negro, erizado por la furia de un próximo combate, los redondos ojos sugeridos por un trazo afortunado que sale de la cresta colorada y los espolones prendidos en el azul añil del firmamento, todo ello en un contraste audaz de policromía; o aquel otro gallo blanco, con ligeros toques de rojo y azul, que elegante y displicente levanta su pico en un gesto de orgullo como mirando al espectador a través del monóculo formado por una prolongación casual de su cresta.

Esa expresión, ese carácter humanizado, aparece en todos los animales que pinta Chuchó Reyes con su pincel empapado de pasión naturalista: en ese toro asombrado, de grandes ojos fijos, en que se establece una coexistencia maravillosamente agresiva entre el magenta, el café y el amarillo; en esos caballos de pestañas rizadas que parecen haberse pintado —cuesta trabajo decir los belfos— las mejillas, para hacer su aparición en el escenario del arte; en esos leones dorados que, con una distinción heráldica, se revuelcan rugiendo a carcajadas, ebrios de selva y cielo, en un pálido campo verde,

y hasta en esos peces, habitantes de las profundidades de tinta azul-negra del océano pintado.

Jesús Reyes nos lleva de la mano en sus papeles al colorido ambiente de los circos para ver a la *écuyere* montada en su caballo de Metepec, de crin dorada y pelo de mil tonalidades, o al payaso descuidado que trata de esconder su rostro en el interior de una de sus mangas, y hasta el señor Santiago, animado por los otros cuadros, parece haber dejado los altares pueblerinos para participar de la animación circense y, sin saber a ciencia cierta lo que hace, lanzar su caballo de ojos azules y nariz sonrosada sobre un moro, vestido a la usanza del siglo XVI, que duerme, tendido, el sueño de los justos.

Al llegar al hombre, como tema de su original creación artística, Chucho Reyes coincide intuitivamente, respondiendo a

un ascetismo tradicional, con la expresión más dramática del arte de la Colonia: los Cristos Sangrantes, esos Cristos que permitieron al indígena, con el pretexto de la crucifixión, revivir el culto ancestral por la sangre. La religiosidad del pintor está patente en sus Cristos distorsionados y patéticos, logrados a partir de una técnica básica que consiste en la aplicación de manchas de color, limitadas por líneas negras. A partir de este principio, Reyes realiza infinitas variedades de Cristos realmente impresionantes y magistrales por sus calidades plásticas: morenos Cristos sedentes, de formas corporales apenas definidas pero de intensa expresión dolorosa; Cristos blancos y verdes, pintados sobre un fondo rojo, que al *craquelarse* han abierto su carne pintada dejando ver sus llagas de papel de china que parecen extenderse hasta el

firmamento; Cristos rosas, cruzados en todas direcciones por la huella de los latigazos de un pincel caprichoso; tal parece que les han lanzado encima el ignominioso frasco de pintura roja de la Pasión.

Este es el arte de Chucho Reyes, sublimación del sentimiento secular de todo un pueblo. En él coexisten, contradictoriamente, el color de las flores, la jugosa apariencia de las frutas, la radiante presencia de las plumas y las pieles de simbólicos animales, la gracia y la ternura de los niños, con la presencia risueña de los esqueletos presumidos y la profunda dramática de los Cristos ensangrentados. Es evidente que estos *papeles* de Chucho Reyes han surgido de la misma raíz que nuestro gran barroco dieciochesco, esa raíz, afirmada y nutrida por un suelo tan fecundo para el arte como es el suelo de México.

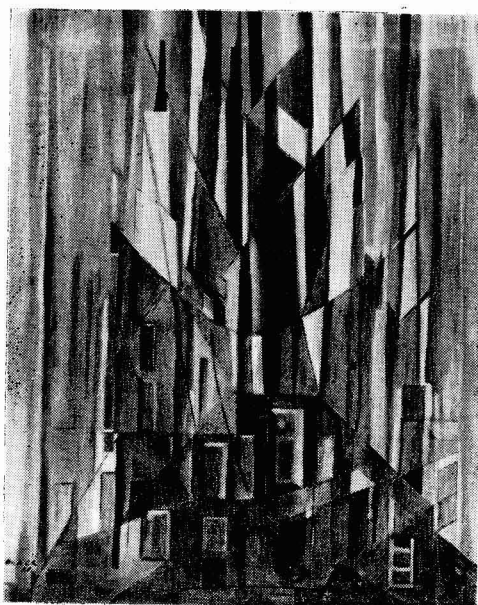
ARTES PLASTICAS

Por J. J. CRESPO DE LA SERNA

LA PINTURA COMO AFICION

“NUNCA es tarde si la dicha es buena”. Este apotegma popular podría aplicarse al caso del jovial médico de niños —Carrillo Gil— que, de pronto, casi sin avisar, o sea sin que le precedieran heraldos acostumbrados y platillos retumbantes, se nos aparece en la Galería de Arte Mexicano, con un buen lote de pinturas de su mano. “Hobby” o pasatiempo le llama él, en su lujoso catálogo, a esta “salida”. Es decir, que, modestamente no quiere que se aprecien sus innatas cualidades de pintor, porque antes que eso ha sido y es “fraile”, o sea, parafraseando otra afirmación popular, médico de profesión principal. Pero el hecho de que ahora pinte y pinte bien, demuestra que, en el fondo, ha sido siempre un artista. En efecto, ha dedicado gran parte de su peculio a coleccionar obras maestras de la pintura: no sólo posee un tesoro de obras de Orozco, sino de Rivera, Tamayo, Siqueiros y otros pintores mexicanos, y además algunas joyas del arte de otras tierras, amén de una biblioteca de libros de arte, realmente notab'e. El coleccionista, desde tiempo de los egipcios, griegos y romanos, era un esteticista (valga la palabra), o sea lo que los franceses llaman un “connaissanceur”. Dicho en otras palabras, un juzgador, un crítico. Un crítico que en lugar de hablar mucho o de escribir —sobre todo— adquiere para su regalo las cosas que prefiere o admira.

El crítico, o su avatar, el coleccionista de arte (los críticos coleccionan “in mente”) vive siempre en un ambiente de arte, y es lógico que llegue a contagiarse de él. Muchos serán entonces los arbitrios que escoja para vaciar sus entusiasmos y sus experiencias, o simplemente para decir sus predilecciones y ofrecernos su fe estética. Carrillo Gil es de los que han sentido el aguijón de crear él también con los propios instrumentos que han servido para las obras que admira y que le han hecho pasar ratos deleitosos. Por eso empezó a pintar un día. Y después de cuatro o cinco años de estar haciéndolo, nos muestra ahora sus resultados. Nunca aprendió a derechas. El mismo lo confie-



Carrillo Gil: *Abstracción*



Orozco Rivera: *Payaso*

sa en ese interesantísimo prólogo —que es un verdadero “statement”— en su catálogo. De ahí que en sus primeros intentos, presentados también en la exposición, se advierta la torpeza ingenua pero voluntariosa de quien está decidido a con-

quistar este admirable y alucinante lenguaje.

Poco a poco se va viendo cómo logra adueñarse de los secretos y picardías del oficio. Esto es palpable. En sus últimas telas —o masonites— hay exquisiteces de materia, de transparencia, de tonos, de valores, de esgrafiados, etc., que son de un maestro. No cabe de ello la menor duda. Sus preocupaciones pictóricas giran en torno a sus preferencias, naturalmente. Primero, hay en él una mimesis inconsciente de pintura “primitivista” popular mexicana, luego del gran maestro Orozco, y por fin, cuando parece sentirse bastante seguro en el manejo de “tubitos de color y pinceles”, aborda temas —sus naturalezas muertas, por ejemplo—, en que empiezan a despuntar sus verdaderas aficiones personales por una expresión abstracta, geometrizable, del tipo de Lionel Feininger, Rudolph Bauer, Delaunay, Jacques Villon, con variaciones estilo Kandinski, el inglés Nicholson, sin olvidar a los futuristas y algunos de los cubistas. En sus diferentes “experimentos” hay no pocos aciertos que demuestran su sentido del equilibrio, su innato gusto del color, y un aliento poético de mucho empuje que, orientado definitivamente hacia una expresión más completamente suya, nos daría resultados sumamente interesantes y dignos de admiración. Indudablemente posee imaginación y temperamento artístico. En muchos casos logra, con una economía y austeridad casi matemáticas, expresiones llenas de verdadero *pathos*, que no pueden menos de conmover al espectador. Quizá lo que han dado en llamar “expresionismo abstracto”, del cual hace profesión, pueda permitir aún agitar —usando artilugios intelectualizantes— el mundo de las sensaciones, simplemente porque permite reconocer aquí y allá vestigios de lo real. ¡Tal vez! Yo creo que esos “experimentos” —interesantes como tales experimentos—, sólo dan de vez en cuando, resultados que valgan la pena para enriquecer el mundo del arte. Pero son demasiado “feux d'artifice”, y por ello encandilan al incauto... Como manera de “entrar” en el campo de la pintura me parece una excelente oportunidad, porque, en medio de todo, esos “juegos” dejan libertad para “combinaciones” sin fin, de acuerdo con cada persona, exactamente como las combinaciones aritméticas o geométricas, es decir, muchísimo más por no tratarse de números o relaciones inmovibles.